

## HACIA UN NUEVO MODELO DE FAMILIA MARIANISTA

La carta que Enrique Llano dirigió hace ya unos meses a las Fraternidades de Madrid y, posteriormente con algunas correcciones, a los participantes en el IV Encuentro de las Comunidades Laicas Marianistas celebrado en julio de 2005 en Burdeos, es una magnífica ocasión para reflexionar sobre el futuro de la Familia Marianista.

Con su habitual franqueza y su proverbial apuesta por mejorar incansablemente nuestra vida marianista y cristiana, Enrique nos propone que empecemos todos a pensar si es posible un salto cualitativo, un paso adelante que suponga una diferencia notable (casi sustancial) en el proceso iniciado hace años. No es posible quedarnos estancados; hoy sabemos muy bien, mejor que nunca, que el que no avanza, retrocede. Una de las posturas más suicidas que hay es querer establecer campamentos definitivos, creyendo que ya se ha llegado a la meta. El simple paso del tiempo irá erosionando lo que al principio puede parecer sólido y duradero, haciéndolo envejecer. Y es un peligro que puede estar afectándonos.

Esta puede ser una primera razón para avanzar. Pero no dejaría de ser una razón puramente utilitaria, que, siendo lícita, no puede ser nuestra última motivación. No se trata de avanzar para sobrevivir, pues al final también esto se traduce en el cínico y sibilino adagio "cámbiese lo que haga falta para que todo siga igual".

### 1. UN POCO DE HISTORIA

Si emprendo este apartado no es por afán arqueológico, aunque la arqueología de las instituciones siempre arroja mucha luz sobre ellas. Y no digamos si se llega a hacer, de la mano de Nietzsche, su genealogía. Entonces aparecen los "instintos vitales" de fondo, que son sus verdaderas causas, más que las que oficial y respetablemente se aducen.

Abordo estas líneas porque lo considero de justicia con todos los que hemos trabajado en el Proyecto tal como ha llegado hasta hoy. También con la intención de contribuir en lo que puedo a liberarnos de ideas muy adquiridas pero que tal vez no son las más adecuadas, y a enriquecer el debate y la profundización.

Es evidente, como señala Enrique, que la creación de las Comunidades Laicas Marianistas en esta etapa de la historia ha sido una iniciativa de los religiosos. El Capítulo General de la SM de 1976<sup>1</sup> invitaba -en el marco de la vuelta a las fuentes a la que había animado a los religiosos el Vaticano II- a recuperar lo mejor del carisma primitivo. Es natural que los religiosos recuperaran las intuiciones del P. Fundador y, entre ellas y de un modo especial, lo relativo a los seculares y a la Congregación de Burdeos.

---

<sup>1</sup> Rafael Iglesias me hace la sugerencia de que ya el Capítulo General de 1971, celebrado en San Antonio, hizo algunas indicaciones sobre el tema.

En la Provincia de Madrid esta invitación cristalizó en una serie de reuniones de religiosos a partir del verano de 1979. Fue el origen de Fraternidades. Es, pues, evidente que Fraternidades de Madrid y muchas de las Comunidades Laicas Marianistas del mundo son fruto de una iniciativa de los religiosos.

Resumiendo, de derecho y de hecho las Comunidades Laicas Marianistas tienen en su origen una iniciativa de los religiosos.

## **2.LA ACTUALIDAD**

Pero que hayan sido fruto en su origen de esa iniciativa, no supone, o al menos no tiene que suponer, que toda su vida tengan que depender de los religiosos<sup>2</sup>. La analogía con la familia, que tanto usamos, permite explicar mejor esta afirmación: todo ser humano ha tenido su origen en unos padres y ha dependido de ellos mucho tiempo, dependencia absolutamente necesaria si se quiere sobrevivir en las primeras etapas de la vida. ¿Quiere eso decir que esa dependencia se tiene forzosamente que prolongar toda la existencia? Siguiendo con la comparación con las relaciones familiares, todos sabemos que no, que la prolongación de la dependencia sería una muestra patológica de que algo no funciona. Al contrario, en el horizonte de los padres y de los hijos, de un modo más o menos reflejo, existe la idea de que la dependencia tiene que ir progresivamente disminuyendo para dar paso a una autonomía que marcará unas relaciones de adulto a adulto. No se reniega del origen pero el origen no es un título de privilegio ni un marchamo indeleble que impida la madurez y un nuevo tipo de relaciones a partir de un cierto momento.

Si volvemos a mirar a las Comunidades Laicas, se puede decir que desde su inicio han dado pasos significativos en su proceso de autonomía, aunque ciertamente insuficientes, como luego veremos.

La dependencia de hecho sigue existiendo. Estoy de acuerdo en que tendrían una fuerte crisis si los religiosos y las religiosas retiraran su colaboración. Esto es una situación de hecho.

Pero de derecho se han producido cambios muy significativos: las CLM son actualmente una asociación con su autonomía propia, su organización, sus recursos, sus objetivos, sus tareas, y sus responsables. Una tema aún pendiente es el de la espiritualidad laica marianista. En este sentido podemos afirmar que tienen una entidad y una personalidad propia mínima, que también les garantizan una autonomía mínima. Es evidente que hay que seguir trabajando mucho en todo esto, pero hay una realidad que no se puede ignorar.

---

<sup>2</sup> Dejo sin tratar la tesis de que esta dependencia de origen es la causa de importantes limitaciones y defectos actuales, que además no tienen solución, aunque no estoy de acuerdo en ninguna de las dos cosas, porque no todos los defectos actuales se deben a esa única causa, porque ese origen ha tenido también sus efectos positivos y porque en las carencias producidas por ese origen caben soluciones.

Un ejemplo palpable de ello es la igualdad (insisto, de derecho) absoluta que hay en la composición de los diferentes Consejos de Familia creados en estos últimos años en los niveles nacionales e internacionales. Esta igualdad de derecho con su correspondiente autonomía ha sido fruto del trabajo de los mismos laicos, llevados de la propia dinámica de su crecimiento y desarrollo. En ello han sido muy ayudados por los religiosos y religiosas, pero sin esta actitud y ese trabajo por su parte, posiblemente no habríamos pasado de tener unas asociaciones laicales dependientes totalmente hasta en su estructura y su gobierno de los religiosos (como tantas hay en la Iglesia, por otra parte y sin que pase nada en absoluto sino como la cosa más normal del mundo).

Así es como hemos llegado al modelo actual de Familia: cuatro ramas autónomas, que se coordinan básicamente en sus órganos de dirección más altos, en búsqueda principalmente de una espiritualidad común y de alguna iniciativa práctica muy local, incipiente y minoritaria, y aún con una clara dependencia de los laicos con respecto de las ramas religiosas.

Uno de los grandes méritos de la carta de Enrique es haber puesto sobre el tapete esta situación

### 3. SOBRE EL FUTURO

¿Es suficiente lo que se ha hecho? Evidentemente no. En el camino a la autonomía (que no independencia) de los laicos, y por tanto también al resto de las Ramas, queda un largo camino que recorrer.

La propuesta de Enrique es por un lado dejar que siga funcionando la actual realidad de las CLM, que ha dado de sí lo que puede dar. Y por otro emprender un nuevo proyecto, en la que haya una sola realidad familiar de nuevo cuño, pues es imposible reconducir las actuales CLM por no ser posible superar la dependencia original. Esa nueva Familia estaría formada por religiosos y laicos juntos, formando comunidades en medio del mundo, y en el que los laicos llevarían a cabo su acción evangelizadora y transformadora del mundo y los religiosos tendrían como función específica la animación espiritual.

Es aquí donde creo que es preciso prolongar la reflexión y, eventualmente, matizarla y corregirla.

1. Creo importante comenzar señalando las "fortalezas" de que disponemos para esta tarea nueva. Gracias a Dios (y nunca mejor dicho) nuestro carisma marianista nos ha dotado de elementos muy valiosos para hacer frente a este nuevo tipo de planteamientos. He aquí las que me parecen significativas para el tema:

- Nuestros orígenes nos han acostumbrados a considerar normal la coexistencia habitual de religiosos y laicos. Incluso nos han hecho ver como cosa normal la extraña circunstancia de que han sido las ramas religiosas las que surgieron de y para la rama laical y no al revés (que es lo más frecuente en la historia de las

fundaciones). Es posible que esto no suponga ninguna ayuda práctica, pero es un "Sitz im Leben" que nunca podemos olvidar, pues nos sitúa de entrada con muchos puntos de ventaja

- El espíritu de familia como elemento constitutivo de lo marianista nos ha llevado en la práctica a unas relaciones muy poco "sacralizadas", clericales o "jerarquizadas". Considerar normal que todos somos iguales y tratarnos así en la práctica es un tesoro al que estamos también acostumbrados, pero que facilita mucho un futuro nuevo
  - El P. Chaminade tuvo claro también otra idea que nos facilita mucho las cosas: el laicado tiene una misión especial reservada en los nuevos tiempos. Los suyos fueron los suyos y los nuestros son nuestros y, a pesar de que resaltamos de un modo poco crítico con frecuencia sus similitudes, son muy distintos. Pero que el laicado tiene una misión fundamental en la evangelización y en la misión es algo válido ayer y hoy. Nos sitúa también de entrada en una visión del laico como miembro activo principal de la tarea eclesial y no sólo como posible receptor pasivo de la espiritualidad de la familia religiosa o como simple colaborador del clero.
  - Desde el principio ha sido también entre nosotros fundamental la idea de misión comunitaria. Tenemos una fuerte dimensión comunitaria, frente a visiones más individuales (otra cosa es que nos sea fácil en la práctica trabajar en equipo, pero todas nuestras acciones las hemos visto siempre de modo espontáneo como algo de la comunidad y no sólo de cada individuo)
  - La composición mixta no solo de sacerdotes/hermanos laicos en la SM, sino del conjunto de la Familia, en la que se dan los cuatro estados de vida que hoy la Iglesia reconoce (laicado, instituto secular, vida religiosa y sacerdocio). Es decir, tenemos todos los elementos necesarios para formar una iglesia local completa, en la que están representadas todas las vocaciones: mujer/varón, religiosos/seglares, sacerdotes/laicos en el marco de una familia igualitaria y complementaria, pero no confusa
2. Teniendo en cuenta todo esto, creo que estamos en condiciones de señalar algunos componentes de esa una nueva realidad familiar
- En primer lugar, creo que hay que seguir potenciando al máximo la identidad peculiar y la autonomía de las Comunidades Laicas Marianistas, si queremos dar el paso a una realidad nueva, pues sólo desde la mayor igualdad posible en cuanto a preparación y calidad de vida espiritual es posible una realidad familiar adulta.

Y aquí es bueno hacer una pequeña fenomenología de la familia que queremos. El término "familia" evoca muchas realidades y vehicula en cada uno de nosotros un imaginario que puede, incluso inconscientemente, estar proyectando modelos muy distintos y tal vez poco adecuados de familia. Me interesa recordar los modelos que a nosotros nos pueden afectar más. Moviéndonos en el campo de la familia estable con un compromiso de fidelidad incluso canónico,

- podemos pensar en una joven pareja que tiene dos o tres hijos en edad infantil.

- podemos pensar en una pareja que ha cumplido ya gran parte de su proyecto vital y cuyos hijos, ya crecidos y manteniendo una relación filial afectuosa y reconocida, se relacionan con ellos desde la autonomía de su propio proyecto.
- incluso podemos imaginar una familia en que los padres ya no existen y quedan sólo los hermanos adultos en relaciones de igualdad y de autonomía.

Cuando hablamos de Familia ¿cuál es el modelo práctico concreto que tenemos en la trastienda inconscientemente? ¿Qué tipo de relaciones queremos entre nosotros en la nueva realidad?

- ¿pensamos más en lo afectivo sin más y sin ningún otro tipo de relaciones prácticas?
- ¿pensamos en una relación en que sigue habiendo padres e hijos en desigualdad?
- ¿pensamos en un modelo de padres-hijos adultos?
- ¿pensamos, como parece proponer el evangelio en palabras del mismo Jesús, en unas relaciones fraternas entre todos sin nadie por encima porque entre nosotros no llamamos a nadie "padre" más que al del cielo, no hay maestros ni jefes, sino que el puesto del padre queda reservado a la única paternidad digna de la libertad de los hijos de Dios?

En todo caso, abrir el camino hacia una nueva realidad pasa en las actuales circunstancias y entre otras muchas cosas, por la consolidación de la identidad de los laicos marianistas. Dada la actual situación de dependencia de hecho, abandonar el trabajo iniciado de trabajar por su autonomía plena supondría, en primer lugar, abandonar, en vista de las dificultades presentadas, un camino que no hemos recorrido seriamente en casi ningún sitio y, por lo tanto, no sabemos qué puede dar de sí. Pero ¿qué camino de potenciación de libertades y autonomías no encuentra resistencias por parte de los de "arriba" y de los de "abajo"? ¿Dónde no se producen resistencias al crecimiento en la libertad y la propia responsabilidad? ¿podemos decir tanto los religiosos como los laicos que hemos trabajado de verdad por este tema poniendo en juego todos los recursos y las voluntades?

Abandonar esa línea de trabajo por una mayor autonomía y madurez tampoco facilitaría, a mi modo de ver, el surgimiento de una realidad nueva como la que se propone, sino la aparición de otra cosa: una institución religiosa dotada de "servidores" laicos. Sería ir en contra de todos los signos de los tiempos, en contra de elementos muy significativos de nuestro carisma y de nuestra tradición y en contra de la mejor eclesiología conciliar. Estamos en condiciones inmejorables para llevar a la práctica, todo lo modestamente que se quiera pero con toda seriedad y profundidad, las intuiciones más importantes y hermosas de la "Lumen Gentium" cuando ve a la Iglesia ante todo como Pueblo de Dios ("laós", de donde "laico"), condición previa a toda división de carismas, vocaciones y ministerios particulares

- En segundo lugar, esto, de rebote, obligaría a los religiosos, religiosas y sacerdotes a resituar su propia identidad vocacional en el conjunto de la vocación cristiana y en el seno de la familia que queremos crear.

Hoy son muchas las voces en la Iglesia que desde la mejor teología bíblica y eclesiológica piden una seria revisión de este tema. Todo el Nuevo Testamento habla de que el único sacerdote que hay es Jesús. Y es sacerdote con un sacerdocio que no pasa por el culto y los sacrificios del Templo, sino por la entrega de la propia

vida al Reino como la ofrenda verdaderamente agradable al Padre. Toda la carta a los Hebreos<sup>3</sup> no es más que el desarrollo de esta intuición absolutamente original y subversiva en la historia de las religiones. Y por eso Pablo puede decirle a los cristianos de Roma que el culto agradable a Dios es ofrecer la propia existencia como culto espiritual. Por lo mismo, todo el que vive como Jesús es sacerdote, profeta y rey. O dicho de otro modo, en la comunidad de los seguidores de Jesús no hay más que un sacerdote y todos y todas somos sacerdotes en él.

Por eso, se puede hablar hoy con todo sentido en el seno de nuestra Iglesia de recuperar la profanidad como mediación del encuentro con lo sagrado. En Cristo hay una verdadera superación de los antiguos límites entre las personas sagradas y las personas profanas, entre las realidades profanas y las realidades sagradas. No pertenece a lo mejor de la tradición cristiana la asignación de lo profano a los laicos y de lo espiritual a los religiosos/sacerdotes. En la Iglesia todos somos laicos que nos movemos en la profanidad como ámbito en el que desarrollamos la casi totalidad de nuestra vida. Esto lleva consigo la asunción de la laicidad dentro de la sacralidad o, al revés, la dispersión de la sacralidad por todos los espacios de la laicidad<sup>4</sup>. Ya no hay dos zonas separadas: lo profano y lo sagrado. Y, por lo tanto, no hay dos clases de personas según su relación con ellas. O dicho de otro modo, todo es sagrado y eso sagrado ha quedado abierto a todos. Es uno de los sentidos más profundos del "velo rasgado" del Templo por la muerte de Jesús. No parece, pues, adecuada la asignación de lo profano y el trabajo en el mundo a los laicos y el del servicio de animación a los religiosos, pues de entrada en la Iglesia todos somos laicos bautizados<sup>5</sup>.

Por otra parte, basta mirar lo que nosotros mismos hacemos en la práctica diaria para comprobar que religiosos y sacerdotes desempeñamos muchísimas funciones netamente profanas (por ejemplo, la enseñanza) y que muchos laicos desempeñan funciones de animación espiritual (desde catequesis a animación, acompañamiento y dirección de comunidades)

Estas ideas las hemos oído muchas veces pero no las hemos llevado a la práctica salvo en el campo de la espiritualidad, pero sin aplicarlas en modo alguno a la estructura comunitaria. ¿Por qué?

3. Esto me lleva a una tercera sugerencia. Teniendo en cuenta el único y definitivo sacerdocio de Jesús y en su marco, que nos constituye a todos en sacerdotes, profetas y reyes, se nos está pidiendo una muy seria reflexión y discernimiento de lo que implican

<sup>3</sup> Los trabajos de A. VANHOYE son significativos. Puede consultarse entre otros '*Sacerdotes antiguos*', '*Sacerdote nuevo*' según el NT, Salamanca, Sígueme, 1995.

<sup>4</sup> Para todo esto ver GARCIA ANDOIN, Carlos, *Laicos cristianos, Iglesia en el mundo*, Madrid, Ediciones HOAC, 2004, pp. 180 y ss.

<sup>5</sup> ¿Hace falta recordar, además, que en el origen la vida religiosa fue un gesto profético de radicalismo de marcado contenido laico frente a la creciente estatalización y sacralización de la jerarquía, hasta el punto de que en los primeros tiempos los sacerdotes (y no digamos los obispos) tenían serias dificultades para ser admitidos en ella?

las diferentes vocaciones particulares dentro de la Iglesia. En el interior de ésta, encontramos un gran cúmulo de carismas y dones, frutos de la presencia del Espíritu en todos y a cada uno, que nos lleva a situarnos dentro de la comunidad con funciones o ministerios y estilos de vida distintos. Teniendo en cuenta estos ministerios y estilos de vida, surgen dos grandes maneras de vivir la vocación cristiana, maneras que comporta cada una de ellas a su vez dos tipos de vocación particular:

- las funciones o ministerios implican la existencia de una estructura social y de una dimensión jerárquica en ella, por la que se distinguen dentro de la comunidad los seglares y los ordenados. La condición normal, abrumadoramente mayoritaria, es la del seglar. Y una parte reducida numéricamente de miembros de la comunidad recibe pública y oficialmente la tarea de coordinar y presidir la asamblea. La existencia de éstos últimos no tiene otra razón de ser que el servicio de la comunidad. Otra cosa es que siglos de jerarquismo haya llevado a la elaboración de toda una doctrina ontologizante (que no deja de tener visos de ideología dominante) sobre la dignidad y la absoluta heterogeneidad de este grupo.
- los estilos de vida en el seguimiento del Señor no pasan por la vía jerárquica o funcional. Pertenecen al mundo carismático que el Espíritu hace brotar como y cuando quiere. Aquí la distinción se establece entre laicos y religiosos (a falta de un mejor vocabulario, pues todavía peor es laicos y consagrados). Lo que diferencia básicamente es vivir el seguimiento de Cristo en "el mundo" o vivirlo según la profesión de los tres votos. Entre nosotros el tema es mucho más claro y pertinente desde el momento en que hay en nuestro grupo eclesial un tipo muy significativo de religiosos/laicos, que no pueden quedar situados como "medio curas" o con funciones pastorales como trabajo específico, si de verdad quieren ser fieles a su vocación no sacerdotal.

Todo esto está pidiendo - si se da el paso a una realidad nueva de Familia- una seria reflexión y una seria apuesta por hacer las cosas respetando al máximo la vocación cristiana común y las funciones y estilos de vida particulares en la comunidad, sin sacrificar nada de ninguna y sin sacrificar unas a otras. Cosa que no es fácil, pues implica revisar seriamente nuestras ideas preconcebidas y, más allá de la teoría, un auténtico proceso de conversión vital, de deconstrucción no sólo de ideas sino, sobretodo, de hábitos consolidados por siglos de una determinada pastoral<sup>6</sup>.

4. La perspectiva aquí planteada comporta también una serie de preguntas a las que he de reconocer que no tengo respuestas, pero que intuyo que permitirían -si fuéramos capaces de contestarlas entre todos- saber al menos hacia dónde caminar:

- El nuevo paso propuesto ¿sería pasar simplemente a una mayor coordinación conservando cada Rama su autonomía? ¿En este caso qué significaría una mayor coordinación?:
  - ¿De los actuales Consejos o además de otros niveles inferiores, más de base?

---

<sup>6</sup> No deja de ser llamativo que en esta propuesta se hable solo de religiosos y laicos, sin que se cite para nada a la parte jerárquica o sacerdotal, que es la que propiamente tendría el ministerio de gobierno y animación

- ¿La coordinación sería de simple notificación mutua de aquellas decisiones que pudieran afectar al resto de las Ramas? ¿Se pediría a éstas opinión previa o incluso un "placet"?
  - Podría llegar esta coordinación hasta el nivel de definir objetivos comunes a medio plazo?
  - ¿Se daría cuenta mutua del cumplimiento de esos objetivos o, mejor aún, se haría una evaluación conjunta de ellos?
- Si más allá de la coordinación, se piensa en colaboraciones conjuntas en el campo práctico habría que determinar los campos concretos de esa cooperación: ¿el de la espiritualidad y vida de oración?, ¿el de la misión compartida? ¿el de posibles comunidades mixtas? ¿una mezcla prudente de varias experiencias al mismo tiempo?
  - ¿Se podría pensar en una sola entidad con un gobierno único con autoridad y competencia sobre todos los miembros, sean sacerdotes, religiosos o laicos? ¿Qué viabilidad canónica podría tener algo así? ¿O se iniciarían experiencias particulares de comunidades conjuntas pero manteniendo los actuales marcos oficiales?

Es más fácil hablar de principios que de planes concretos. Cuanto más se desciende a la realidad, más fácil es equivocarse y mayor es el pluralismo de opciones. Intentando no sólo ofrecer preguntas generales y a riesgo de errar, me atrevo a sugerir como posibles primeros pasos que vayan poniendo en marcha el proyecto, las siguientes iniciativas comunes:

- la fijación de si no todos, al menos de algunos objetivos comunes a medio plazo sobre acción pastoral por parte de los Consejos Nacionales e Internacional de la Familia. Los campos privilegiados podrían ser la evangelización de nuestra sociedad y la lucha por la justicia y la paz. Convendría que fuera de nuevo cuño, que no consistiera en incorporar laicos a una obra ya existente de los religiosos o religiosas, para dejar claro desde el primer momento que es algo compartido en pie de igualdad por todos
- Un programa mínimo común en el campo de la formación en teología, espiritualidad cristiana y espiritualidad marianista
- la posible creación de una ONG de ámbito internacional patrocinada por la Familia Marianista entera (en esto hay Congregaciones religiosas y asociaciones seglares que nos llevan años de delantera y que disponen de una experiencia acumulada muy útil). Esta ONG podría
  - organizar y desarrollar sus propios programas y proyectos con un voluntariado y financiación de la Familia, dentro y fuera de las instituciones ya existentes de la Familia, o
  - financiar y patrocinar proyectos de otras organizaciones
- la formación de alguna comunidad mixta en función de algún proyecto asumido conjuntamente

- la creación de un grupo de estudio de los temas de fondo implicados en todo esto (incluidos los canónicos, que no son los más importantes pero son absolutamente necesarios a largo plazo)

Si tenemos en cuenta esto, una futura nueva realidad marianista puede constituirse sobre la base de un mismo y único proyecto para todas las Ramas (lo que Enrique llama "religiosos y laicos juntos formando comunidades en medio del mundo") Para esto tenemos muchos elementos y "fortalezas" en nuestra tradición que nos permiten abordar el proyecto como comunidad cristiana con pluralidad de funciones y estilos de vida.

Ese "estar juntos formando comunidades" implica una clara conciencia de la diversidad de esas vocaciones particulares, lo que exige a mi modo de ver y dadas las circunstancias:

- seguir trabajando mucho para que los laicos marianistas puedan no solo de derecho sino también de hecho encontrarse en condiciones de igualdad en cuanto a formación, identidad, responsabilidad y autonomía en el conjunto de la Familia, Cualquier otra solución nos llevaría simplemente a reproducir modelos obsoletos de dependencia laical
- y estudiar mucho más a fondo los roles/funciones/ministerios de sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos en el interior de la comunidad, así como sus estilos de vida particulares. En este último sentido es muy importante imaginar con audacia cómo podría ser una comunidad en que hubiera religiosos, religiosas y laicos formando eso, una sola gran comunidad, con un mismo proyecto evangélico y evangelizador pero manteniendo en la complementariedad sus respectivas identidades. Los problemas prácticos (problemas canónicos, problemas de quién son los superiores, quiénes deciden, bajo qué jurisdicción estarían, qué espacios y grados de autonomía y privacidad se requerirían, qué grado de obligatoriedad tendrían las decisiones sobre nuevas iniciativas evangelizadoras...) pueden ser muy fuertes, pero parece que, por un lado, son inherentes al tema que estamos debatiendo, y por otro sólo dentro de esa misma experiencia podrían ir encontrando solución.